

SHEILA HETI

M

M

I

A

D

T

A

E

D

R

¿Qué gana y qué pierde una mujer al convertirse en madre? Enfrentada al conflicto de toda mujer que se acerca a los cuarenta sin haber tenido hijos, mientras sus amigas se preguntan cuándo van a ser madres, la narradora de *Maternidad* se pregunta si realmente quiere serlo. La importancia de la creación artística en su vida, la relación fría que mantiene con su madre o la resolución tomada por su pareja de no intervenir en una decisión que considera que es ella quien debe tomar son algunos de los factores que Sheila Heti pone encima del tablero para llegar a la mejor conclusión posible. Aunque tal vez sea mejor dejar que el azar resuelva las cosas: por eso arroja una moneda al aire cada vez que hace una pregunta esencial.

Tras el éxito internacional de su novela *¿Cómo debe ser una persona?*, lectura obligada para toda una generación, Heti aborda con franqueza, originalidad y humor la necesidad, o no, de ser madre. Un libro valiente, profundo y original que seguramente desencadenará animadas conversaciones sobre el feminismo, la paternidad y sobre cómo y para quién vivir.

Nota

Lanzar tres monedas al aire es la técnica utilizada por quienes consultan el I Ching, un método de adivinación creado en China hace más de tres mil años. Los reyes recurrieron a él en tiempos de guerra y la gente corriente lo empleó para que les ayudara con los problemas de la vida. Al lanzar tres monedas al aire se descubre uno de los sesenta y cuatro estados posibles, cuyo significado se desarrolla en un texto. Confucio, uno de los exégetas más importantes del I Ching, afirmó que si dispusiera de cincuenta años más de vida los consagraría al estudio del libro. El texto original, un sistema complejo y profundamente filosófico, de alcance cosmológico, es poético, denso, muy simbólico y arcano.

En las páginas siguientes se usan tres monedas, una técnica inspirada en el I Ching pero no el verdadero I Ching, que es distinto.

Nota adicional

En este libro, todos los resultados del lanzamiento de las monedas son el resultado de lanzar al aire monedas reales.

Solía contemplar el mundo desde una gran distancia, o no lo contemplaba en absoluto. Por encima de mí pasaban a cada instante pájaros que no veía, nubes y abejas, el rumor de la brisa, el sol que me daba en la piel. Vivía tan solo en el mundo grisáceo e inanimado de mi mente, donde intentaba discurrir acerca de todo y no llegaba a ninguna conclusión. Deseaba disponer del tiempo necesario para articular una cosmovisión, pero nunca lo encontraba; además, por lo visto quienes la tenían la habían forjado de jóvenes, no la habían empezado a los cuarenta. Sabía que la literatura era lo único en lo que una persona podía estreñarse a esa edad. Si a los cuarenta se iniciaba en la literatura era posible que la calificaran de joven. En todo lo demás yo era mayor, todos los barcos habían zarpado del puerto, mientras yo todavía me dirigía a él, y en realidad ni siquiera sabía cuál era el mío. La niña que se alojaba en nuestra casa —tenía doce años— me hizo ver, más que nadie, mis limitaciones: mi debilidad, mi sumisión, mis nimias rebeldías; sobre todo, mi ignorancia y mi sentimentalismo. Cuando entré en la sala de estar por la mañana, había medio perrito caliente en la mesa. Lo confundí con un plátano. Luego comprendí que era demasiado mayor para este mundo, que la niña me había superado con toda naturalidad y seguiría haciéndolo. Mi única esperanza consistía en transformar el panorama grisáceo y turbio de mi mente en algo concreto y sólido, separado por completo de mí, lograr incluso que no fuera yo. Ignoraba qué sería esa forma sólida y qué contorno adquiriría. Solo sabía que debía crear un monstruo poderoso, puesto que yo era un monstruo débil. Debía crear un monstruo separado de mí, que supiera más que yo, que tuviera una cosmovisión y no se equivocara con palabras sencillas.

*Lanzar tres monedas en una mesa. Dos o tres caras: sí.
Dos o tres cruces: no.*

¿Este libro es buena idea?

Sí.

¿Es el momento de empezarlo?

Sí.

¿Aquí, en Toronto?

Sí.

Por lo tanto, ¿no hay por qué preocuparse?

Sí.

Sí, ¿no hay por qué preocuparse?

No.

¿Debería preocuparme?

Sí.

¿Qué debería preocuparme? ¿Mi alma?

Sí.

¿La lectura ayudará a mi alma?

Sí.

¿El silencio ayudará a mi alma?

Sí.

¿La ayudará este libro?

Sí.

Por lo tanto, ¿estoy haciéndolo todo bien?

No.

¿Estoy llevando mal mi relación?

No.

¿Hago mal al no prestar atención al sufrimiento ajeno?

No.

¿Hago mal al no prestar atención a la política mundial?

No.

¿Hago mal al no sentirme y mostrarme agradecida por la vida que tengo?

Sí.

¿Y por todo lo que puedo hacer con ella al tener este tiempo y esta prosperidad?

No.

¿Al tener mi ser particular?

Sí.

¿Ha pasado ya el momento de que me preocupe por mi ser particular?

Sí.

¿Ha llegado la hora de que empiece a pensar en «el alma del tiempo»?

Sí.

¿Tengo cuanto necesito para empezar?

Sí.

¿Debería comenzar por el principio y continuar en línea recta hasta el final?

No.

¿Debería hacer lo que me apetezca y más adelante hilvanarlo todo?

No.

¿Debería comenzar por el principio sin saber lo que vendrá a continuación?

Sí.

¿Esta conversación es el principio?

Sí.

Y esos rollos de cintas de colores de ahí que me compró Erica. ¿Debería utilizarlos de algún modo?

No.

¿Debería dejarlos donde están y limitarme a mirarlos?

No.

¿Debería devolvérselos?

No.

¿Debería esconderlos?

Sí.

¿En la alacena?

Sí.



Me resultará difícil no pensar en mí y pensar en «el alma del tiempo». Tengo poca práctica en pensar en «el alma del tiempo» y mucha en pensar en mí. De todas formas, nada es fácil al principio. La frase «el alma del tiempo» me acompaña desde que Erica y yo fuimos a Nueva York por Nochevieja, hace unos meses. Ya la tenía en la cabeza poco antes del viaje. Recuerdo que le hablé de ella largo y tendido en el andén del metro. Nos alojábamos en el apartamento de Teresa y Walter, que se habían marchado de la ciudad para visitar a la familia durante la Navidad. Aquella noche vomité en su váter, borracha. Pero eso pasó varias horas antes. ¿Fue el 31 de diciembre?

No.

Qué raro, no recuerdo que hiciera frío y tampoco recuerdo que llevara abrigo. ¿Fue el 1 de enero?

No.

¿El 30 de diciembre?

No.

¿Ocurrió en otro viaje?

Sí.

Me parece que no. Le hablaba a Erica del «alma del tiempo», le explicaba que o bien como individuos no tenemos alma, sino una especie de alma colectiva que pertenece al tiempo o que de hecho es tiempo, o bien nuestras vidas –nosotros– son el alma del tiempo. No lo tenía del todo claro. La idea estaba en pañales, y así sigue. Erica se mostró entusiasmada y a mí me tranquilizó mucho pensar que mi alma no era de mi propiedad; que o bien mi vida era una expresión del alma del tiempo, o bien mi alma era tiempo. No sé si me explico. ¿Me explico?

No.

No, no. Espero entender mejor lo que quise decir en el andén de metro y que entusiasmó tanto a mi querida amiga Erica. Este será mi propósito expreso, mi intención y plan al escribir esto: comprender qué significa «el alma del tiempo», explicármelo a mí misma. ¿Es una buena base para este libro?

No.

¿Es demasiado limitada?

Sí.

¿En el libro puede aparecer «el alma del tiempo»?

No.

¿Se me permite engañaros?

Sí.

Entonces sin duda el libro tratará en parte del alma del tiempo. Tal vez no debería haber dicho que deseaba «explicármelo a mí misma», sino más bien «explicárselo a otras personas». ¿Mejor así?

No.

¿«Personificarlo» en vez de «explicarlo»?

Sí.

Me duele la cabeza. Estoy muy cansada. No debería haberme echado la siesta. Pero si no me la hubiera echado estaría aún de peor humor, ¿verdad?

No.



Hoy me he echado a llorar cuando Miles se disponía a salir de casa. Me ha preguntado por qué lloraba y le he dicho que porque no tenía «nada que hacer». «Eres escritora –me ha dicho–. Tienes el libro sobre *Bonjour Philippe*, tienes el libro sobre el *I Ching*... y el de Simone Weil. ¿Por qué no trabajas en uno de ellos?». Ha titubeado antes de mencionar el de Simone Weil porque fue idea suya que escribiera acerca de las ideas de Simone Weil, y cuando lo propuso hace unas semanas los dos son sentimientos incómodos..., incómodos porque me sugiriera una idea para un libro. La rechacé de plano, en su misma cara, pero a mediodía empecé a trabajar en un libro sobre Simone Weil. Por la tarde me envió un mensaje de texto para saber si me encontraba mejor y al cabo de unas horas me llamó para preguntarme lo mismo. En realidad soy yo quien tendría que preocuparse por Miles, en lugar de que él se preocupara por mí, puesto que ha empezado a trabajar y no tiene tiempo para estudiar, ¿verdad?

No.

¿Está bien que los dos nos preocupemos por el otro?

Sí.

Me fustigo por todo.



A mediodía he salido con mi padre a dar una vuelta en coche por el campo. Intentaba decidir si me iba tres semanas a Nueva York en junio. Teresa me había comentado que Walter y ella tenían previsto marcharse de la ciudad y que su apartamento quedaría libre, y estaba a mi disposición por si lo quería. Tras deliberar mucho sobre lo que debía hacer, resolví optar por lo que me hiciera sentir mejor y más a gusto por dentro, y fue quedarme aquí. Después de la vuelta en coche volví a casa, me eché la siesta y me desperté de buen humor. Me senté en el sofá morado del dormitorio y reflexioné. Llevo demasiado tiempo pos-

poniendo el inicio del nuevo libro y, ahora que Miles ha empezado a trabajar muchas horas, se plantea la disyuntiva: cambiar de aires y escapar a Nueva York a divertirme, o «ser escritora», en palabras de Miles, como me ha recordado que soy. Quise decirle que no soy de esas escritoras que se quedan escribiendo en su habitación, pero me lo callé. Recuerdo que el otro día afirmó que la escritura de un escritor se resiente en cuanto este tiene «una vida interesante». Le respondí: «Lo que pasa es que no quieres que tenga una vida interesante». ¿Aún resuenan esas palabras en sus oídos?

Sí.

¿Le ofendieron?

Sí.

¿Las olvidará algún día?

No.

¿Debo pedirle perdón esta noche por haberlo dicho?

Sí.



Aunque Miles y yo habíamos disfrutado de una noche agradable, le pedí perdón por el comentario y le anuncié que no pensaba ir a Nueva York para pasar tres semanas en el apartamento de Teresa y Walter. «No sintonizo con los valores con los que siempre vuelves de Nueva York», me dijo. Le quiero. Echó agua en el jarrón de las lilas que me compró la semana pasada. Se estaban muriendo en mi escritorio y ni siquiera me había dado cuenta. La canción triste de la furgoneta de los helados suena en la calle y estoy un poco borracha porque hace un rato, al atardecer, bebí vino. Me siento bien. ¿En realidad importa cómo me siento?

No.

No, no. Creo que no. Demasiados sentimientos en un día. Sin duda no son el timón, el oráculo, aquello por lo que deberíamos guiar nuestra vida, y tampoco el mapa.

De todos modos, siempre existe la tentación. ¿Qué es lo mejor para guiar nuestra vida? ¿Nuestros valores?

Sí.

¿Nuestros planes de futuro?

No.

¿Nuestros objetivos artísticos?

No.

¿Lo que necesitan quienes nos rodean..., es decir, lo que necesitan las personas a las que queremos?

Sí.

¿La seguridad?

No.

¿La aventura?

No.

¿Lo que parezca conferir alma, hondura y desarrollo?

No.

¿Lo que parezca aportar felicidad?

Sí.

Por lo tanto, nuestros valores, la felicidad y lo que necesitan quienes nos rodean. Esos son los elementos por los que deberíamos guiar nuestra vida.



Mi madre lloró cuarenta días y cuarenta noches. Desde que la conozco sé que llora. Yo creía que de mayor sería otro tipo de mujer, que no lloraría y que resolvería su problema del llanto. Nunca me contó qué le pasaba; solo decía: «Estoy cansada». ¿Era posible que siempre estuviera cansada? De pequeña pensaba: «¿Es que no sabe que no es feliz?». Me parecía que ser infeliz y no saberlo era lo peor del mundo. A medida que crecía, empecé a obsesionarme con la idea de ser infeliz y examinaba de manera compulsiva en busca de indicios que lo confirmaran. Y de este modo también me volví infeliz. Me volví un mar de lágrimas por dentro.

Durante toda la infancia tuve la sensación de haber hecho algo malo. Escrutaba cada uno de mis gestos, mis palabras, la forma en que me sentaba en la silla. ¿Qué hacía para que mi madre llorara? Las niñas creen que ellas son la causa hasta de las estrellas del firmamento, por lo que el llanto de mi madre tenía que ver conmigo. ¿Por qué había nacido para provocarle dolor? Puesto que se lo había provocado, quería extirpárselo. Pero era muy pequeña. Ni siquiera sabía escribir mi nombre. Sabiendo tan poco, ¿cómo podía entender nada acerca de su sufrimiento? Y sigo sin entenderlo. Ninguna niña puede conseguir con su voluntad que una madre deje de sufrir, y de adulta he estado muy ocupada. He estado ocupada escribiendo. Mi madre solía decir: «Eres libre». Quizá lo sea. Puedo hacer lo que me apetezca. Por lo tanto, impediré que mi madre lllore. En cuanto acabe de escribir este libro, ninguna de las dos volverá a llorar.

La función de este libro será impedir futuras lágrimas..., impedir que mi madre y yo lloremos. Se considerará que ha tenido éxito si mi madre deja de llorar de una

vez para siempre después de leerlo. Sé que a una niña no le corresponde conseguir que su madre deje de llorar, pero ya no soy una niña. Soy escritora. El cambio que he experimentado, de niña a escritora, me otorga poderes..., quiero decir que los poderes mágicos no están lejos de mi alcance. Si soy lo bastante buena como escritora, quizá logre impedir el llanto de mi madre. Quizá logre entender por qué llora ella y por qué lloro yo y nos cure a las dos con mis palabras.



¿La atención es alma? Si presto atención a la pena de mi madre, ¿eso da alma a la atención? Si presto atención a su desdicha, si la plasmo en palabras, la transformo y la convierto en algo nuevo, ¿soy como los alquimistas, que transformaban el plomo en oro? Si vendo este libro, obtendré a cambio dinero, oro, lo que es una especie de alquimia. Los filósofos querían convertir la materia oscura en oro, y yo quiero convertir en oro la tristeza de mi madre. Cuando llegue el oro, iré a la puerta de mi madre y se lo entregaré diciendo: «He aquí tu tristeza convertida en oro».



Mi madre lloró cuarenta días y cuarenta noches. Desde que la conozco sé que llora. Yo creía que de mayor sería otro tipo de mujer, que no lloraría y que resolvería su problema del llanto. Nunca me contó qué le pasaba; solo decía: «Estoy cansada». ¿Era posible que siempre estuviera cansada? De pequeña pensaba: «¿Es que no sabe que no es feliz?». Me parecía que ser infeliz y no saberlo era lo peor del mundo. A medida que crecía, empecé a obsesionarme con la idea de ser infeliz y examinaba de manera compulsiva en busca de indicios que lo confirmaran. Y de este modo también me volví infeliz. Me volví un mar de lágrimas por dentro.

Durante toda la infancia tuve la sensación de haber hecho algo malo. Escrutaba cada uno de mis gestos, mis palabras, la forma en que me sentaba en la silla. ¿Qué hacía para que mi madre llorara? Las niñas creen que ellas son la causa hasta de las estrellas del firmamento, por lo que el llanto de mi madre tenía que ver conmigo. ¿Por qué había nacido para provocarle dolor? Puesto que se lo había provocado, quería extirpárselo. Pero era muy pequeña. Ni siquiera sabía escribir mi nombre. Sabiendo tan poco, ¿cómo podía entender nada acerca de su sufrimiento? Y sigo sin entenderlo. Ninguna niña puede conseguir con su voluntad que una madre deje de sufrir, y de adulta he estado muy ocupada. He estado ocupada escribiendo. Mi madre solía decir: «Eres libre». Quizá lo sea. Puedo hacer lo que me apetezca. Por lo tanto, impediré que mi madre lllore. En cuanto acabe de escribir este libro, ninguna de las dos volverá a llorar.

La función de este libro será impedir futuras lágrimas..., impedir que mi madre y yo lloremos. Se considerará que ha tenido éxito si mi madre deja de llorar de una